

La parábola del pecador

PAULA CUCURELLA

Digamos que, por de pronto, todo sucede como si no fuesen a haber consecuencias —te dijo el especialista—, y sales a toda velocidad mientras, por el rabillo del ojo, ves pasar una lápida tras otra. Gracias a esta organización heliocéntrica de la vista fija en el caramelo de anís que siempre coges a la salida de la consulta, esta vez tienes dirección —aunque siempre vas de salida. El caramelo te recuerda que tienes dientes. A veces te muerdes la lengua y temes por tus dientes. En la sala de espera conociste a un hombre que llevaba una cuenta minuciosa de sus sacrificios y era especialista en deuda. Padecía de sus propias palabras, las que lo cogían a su antojo y de las cuales él debía hacerse responsable por todo lo que salía de su boca. No estaba mintiendo. Le ofreciste un caramelo asegurándole que no te había costado nada, e inmediatamente se comenzó a hablar de flores y criaturas de jardín. Tocaron la ternura real al decir “perro”; unos segundos después, la palabra ‘espiritual’, dicha sin ironía, te recordó un árbol lleno de pájaros, pero afuera un escupitajo tardaba solo segundos en irse al cielo. Intentas recordar mejores tiempos. En vez de eso, te acuerdas de la colonia de palomas que vivía en tu edificio cuando eras pequeña, y cómo un pichón citaba a otro a media mañana, y que incluso entonces (supuestamente inocente) ya habían pasado suficientes cosas como para querer terminar el día antes del almuerzo, y aún quedaba toda la tarde por delante. Había personas a las que les gustaba vivir su propia vida y estaban las que aceptaban que vivieran la suya por ellas. Recordaste la parábola del pescador, y era cierto que los signos divinos eran inconfundibles, porque tu nombre desaparecía de las listas, porque a tu colega se le olvidaba mencionarte, porque se había perdido tu carta en el correo internacional; eran tales y tantos los cardúmenes que llegaban a tu puerta, abriéndola, pero de salida, como tú. Gracias a Dios.